

dio hasta la más despiadada «sorpresa en familia», nos van descubriendo a una espléndida, exuberante, fresca, tierna, sensual Marilyn, capaz de turbar aún al lector más relamido. La capacidad de entusiasmo que la actriz (y no hay ningún pudor en calificarla así, ya que, por el contrario, fue, a pesar de la opinión de tirios y timoratos, una sensible e inteligente intérprete), su capacidad de realizar el acto más cotidiano con el ardor de lo excepcional está recogido en estas fotografías con la suficiente fuerza como para contagiar al lector, que, aún en el recuerdo, podrá

sin duda levantar su moral ante esta contemplación. ■ **DIEGO GALAN.**

**La agricultura española en la obra de Carrión**

Ha aparecido en los escaparates de nuestras librerías una obra de un autor que acaba de cumplir ochenta y tres años. Nos estamos refiriendo a don Pascual Carrión y a su libro *Estudios sobre la agricultura española (1919-1971)* (1).

(1) Edición a cargo de José Luis García Delgado. Ediciones de la «Revista de Trabajo». Madrid, 1974. 480 páginas.

Se inicia esta obra con un *Estudio Preliminar* de José Luis García Delgado en torno a la vida y la obra de Carrión. En 56 densas páginas se realiza un completo análisis sobre el «mayor de nuestros agrónomos vivos» (2). En él se nos descubren muchos aspectos poco conocidos de la persona y, sobre todo, de la actuación de Carrión a lo largo de su dilatada vida. Este análisis se completa con una «Relación

(2) Cfr. J. Velarde, prólogo de *La reforma agraria de la Segunda República y la situación actual de la agricultura española*, de Pascual Carrión. Ediciones Ariel. Barcelona, 1973. Página 28.

de obras» de Carrión en la que se recogen prácticamente todos sus escritos publicados entre 1913 y 1973 sobre los más diversos temas (3). A continuación se incluye una selección de trabajos del autor agrupados en torno a cuatro temas básicos que reflejan los principales aspectos de la amplia problemática del campo español durante el presente siglo.

El primero de estos temas se centra en lo que tradicionalmente se ha denominado «el problema agrario andaluz»;

(3) No se han incluido los artículos publicados en «La Semana Vitivinícola» debido a su gran número y a su carácter divulgador.

es decir, la concentración de la propiedad en manos de unos pocos propietarios, con todas las consecuencias que en el plano económico, social y político ha conllevado históricamente este fenómeno. De entre los textos aquí recogidos alrededor de esta cuestión, destacan principalmente dos de ellos: el informe que los ingenieros agrónomos del Servicio Catastral de Sevilla presentan a Ossorio y Gallardo, entonces ministro de Fomento, y una larga serie de nueve importantes artículos publicados en el diario «El Sol» en 1919, junto a otros que, sobre este mismo tema, escriben personas tan caracterizadas como Alvarez del Vayo, Ortega y Gasset, Bernaldo de Quirós, Infante, Barthe, etcétera.

Un segundo grupo de artículos tiene como eje central la reforma agraria de la II República. No es necesario recordar el importante papel desempeñado por Carrión en las primeras etapas de la misma. Pues bien, sobre esta cuestión se recoge, en primer lugar, el texto de varias conferencias que el autor pronuncia en el Ateneo de Madrid dentro de una amplia campaña de defensa del proyecto de ley. En ellas, Carrión pone de relieve la necesidad imperiosa que existe, por razones económicas y sociales, de realizar la reforma agraria como única solución a la injusta distribución de la propiedad. También se incluyen dos trabajos en los que se advierte una «sutil amargura» de Carrión al reflexionar, desde el momento actual, sobre el fracaso de la reforma agraria: son, por una parte, una recensión del libro de Mafakis (4) y, por otra, una larga entrevista pu-

blicada en esta misma revista (número 466, 8 de mayo de 1971).

Una parcela más concreta de nuestra agricultura —la viticultura— es la que abordan varios textos que se recogen en el capítulo tercero. En ellos se analiza la situación de este sector en tres momentos distintos de su evolución: a principios de los años veinte, aunque atraviesa por una fase de aguda crisis, a finales de la década de los cincuenta y, por último, en 1970, con ocasión de la aprobación del Estatuto del vino.

Finalmente, en un cuarto capítulo se recogen dos trabajos que plantean dos aspectos importantes en relación con la extensión de los seguros a la agricultura: las Mutualidades Agrícolas de Accidentes de Trabajo en los primeros años de la II República y el Mutualismo para la cobertura de riesgos agropecuarios. ■ **JOSE MIGUEL FERNANDEZ.**

**Antonio Machado y Alvarez, el primer flamencólogo**

No existía una editorial dedicada a la publicación de estudios sobre cuestiones andaluzas, con preferencia por el arte flamenco y con una orientación antropológica y social. Acaba de nacer; su nombre es Ediciones Demófilo, y su primer libro editado (al que seguirán dos volúmenes de conversaciones con Pepe el de la Matrona y con Pericón de Cádiz) ha sido la *Colectión de Cantes Flamencos*, que en 1881 y en Sevilla publicara Antonio Machado y Alvarez, el padre de los poetas Manuel y Antonio. Machado y Alvarez firmó la mayor parte de sus mejores textos con el seudónimo Demófilo.



**LOS QUE SE VAN**

**P. G. WODEHOUSE**

En los primeros años de la posguerra española, el país fue invadido, y no es posible explicar bien por qué —quizá simplemente por el gusto de un editor dominante— por una ola de literatura inglesa, con alguna otra mezcla —Lajos Zilahy, Stefan Zweig—, que componía un panorama entre culto y popular: quizá el autor más representativo de aquellos tiempos de traducción —y la necesidad de traducir del extranjero para cubrir el vacío de una literatura esquilada pudiese ser otra de las razones— fue William Somerset Maugham. En la cresta de aquella ola vino a España P. G. Wodehouse: sus novelas fueron enormemente difundidas, sobre todo aquella compuesta a base del jovenzuelo aristocrático Bertie Wooster y su eficaz mayordomo Jeeves, y una horda de «tías», esas tías solteronas que impregnan con su perfume rancio y sus costumbres victorianas toda la literatura inglesa (incluyendo al reciente Graham Greene: «Travels with my aunt»). El mundo de

Wodehouse era absolutamente incomparable con la sordida España de la posguerra. Probablemente también lo era con su propia Inglaterra: George Orwell reprochaba seriamente a Wodehouse crear una imagen del aristócrata mucho más amable, mucho menos cruel de lo que era en realidad. Wodehouse hacia una caricatura de la caricatura de la vida inglesa.

El mismo no creyó nunca que fue un escritor político, ni siquiera cuando lo fue realmente. Esto es, cuando en el Berlín nazi hablaba por radio para una cadena americana, la Columbia, cuya rama berlinesa estaba dominada por los hitlerianos. Estas charlas le hicieron ser considerado como traidor a su patria. Wodehouse no se explicó nunca por qué, ni comprendió tampoco por qué podían perdonarle y rehabilitarle públicamente, como lo hizo Eden en el Parlamento en 1944. El que no perdonó fue él. Prometió entonces no volver jamás a pisar el suelo británico, y lo cumplió: aún ahora, poco antes de su muerte, cuando fue nombrado por la Reina caballero —Sir—, decidió no ir a Londres a recibir su diploma. Había elegido ser ciudadano de los Estados Unidos y lo ha sido hasta el fin. Es curioso que el otro caballero ennoblecido por la Reina al mismo tiempo, Charlie Chaplin, hubiese elegido precisamente el camino contrario: salió de los Estados Unidos acusado de comunista, y decidió no volver nunca más, y no ha vuelto.

El mundo de Wodehouse es absolutamente improbable. No ha existido ni existió nunca. Sus metáforas literarias son retorcidas. Sin embargo, de todo ello se ha desprendido un enorme sentido del humor, de un humor de explosión controlada. Sus muchísimas novelas —más de cien— se han vendido en todo el mundo: hubo un tiempo en el que cobraba de derechos de autor más de cien mil libras esterlinas al año, en una época en la que esa cantidad podía traducirse por más de diecisiete millones de pesetas.

Ese humor, esa comicidad, traspasaron bien las fronteras. Aunque jamás se propusiera tal cosa, Wodehouse consiguió poner sonrisas, y aun carcajadas, en el mundo spectral y difícil de la España de posguerra. Se le puede agradecer de alguna manera. ■ **POZUELO.**

(4) *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970. 523 páginas.

¿Por qué este doble homenaje de la recién nacida editorial? Sencillamente, porque esta **Colección de Cantes Flamencos** es el arranque de los estudios de flamencología. Antes de la aparición de este volumen, las páginas existentes sobre el tema eran muy escasas, además de tratar el arte gitano-andaluz de modo lateral. Existían unas notas sobre la sigüiriya, escritas por Luis Montoto y Augusto Ferrán (notas que Machado y Alvarez cita y celebra en su libro), escasos diccionarios de lengua caló y algunos cancioneros populares, pero no específicamente gitano-andaluces. Podía consultarse también el libro de Estébanz Calderón **Escenas andaluzas**, publicado en 1847, y que está muy lejos de lo que hoy entendemos por un trabajo de flamencología, ya que los capítulos de ese libro que hablan del flamenco o que se vinculan a él están compuestos con la óptica del costumbrismo literario y no profundizan en el fenómeno del folklore, ni, mucho menos, en lo que tiene de social, racial y singular el arte gitano-andaluz—tarea que es precisamente la que Demófilo no omite—.

Ni la **Colección de Cantes Flamencos** es el único trabajo de Machado y Alvarez sobre este tema, ni este tema fue el único que despertó su interés y su esfuerzo con respecto al estudio de las expresiones populares de la cultura. Estudiosos del folklore (desde Guichot y Sierra, Rodríguez Marín, Schuchardt, Köhler, hasta Gómez Tabanero, Unamuno, Hoyos Sainz, Cosío, Carvalho-Neto, etcétera) han elogiado con vehemencia los trabajos de folklorista que efectuara Machado y Alvarez. Se ha dicho de él que fue el fundador de los estudios de folklore en España. De hecho, él fundó en 1881 la Sociedad del Folklore Andaluz, fundó y dirigió la revista **El Folklore Andaluz**, trabajó intensamente en la publicación **Biblioteca de las Tradiciones Populares**

**Españolas**, publicó estudios sobre cuestiones de folklore gallego, catalán, mallorquín, castellano, valenciano, asturiano, extremeño y andaluz, interesándose no sólo por las canciones, sino también por los pregones, las adivinanzas, el lenguaje infantil (un texto suyo sobre este tema fue inmediatamente traducido al inglés, alemán, italiano, francés y portugués), los cuentos populares, los juegos infantiles, los romances cantados, la buenaaventura, el piropo, los trabalenguas, los exorcismos, los refranes, la literatura popular... Una actividad tentacular y un talante siempre riguroso, abnegado y cordial hicieron que el trabajo de Machado y Alvarez nos dejase una gran cantidad de estudios afortunadamente apoyados en su amor por la expresión popular de las emociones y la cultura viva, y siempre con atinadas reflexiones que aún pueden sernos sumamente útiles. Creador de sociedades de folklore y de revistas especializadas, colaborador de una gran cantidad de publicaciones de la época (en particular del **Boletín de la Institución Libre de Enseñanza**), constante crítico de libros sobre los temas de su especialidad, prolonguista de trabajos de historia, folklore y antropología, traductor de Dozy, de Tylor, de Black... Antonio Machado y Alvarez fue, sin duda, una de las personalidades intelectuales más sobresalientes en la segunda mitad del siglo XIX español. A fines de ese siglo escribía Sendras y Burín: «En 1886, Machado cesa en absoluto en sus trabajos folklóricos, desalentado y triste por el fracaso de su noble empeño, habiendo consumido en aquella hermosa obra el dinero y la salud y necesitando dedicarse a otra cosa que aunque no le produjese gloria, le rindiese provecho para sostener a su numerosa familia. Y como si aquel edificio hubiese estado sostenido únicamente por él, van desapareciendo poco a poco to-



das las sociedades (de folklore), hasta el extremo de apenas quedar rastro de aquel fecundo y robustísimo movimiento. Y en tanto que aquí han quedado paralizados todos los trabajos, la idea ha dado sus frutos en Francia (1883), en Italia (1884), en los Estados Unidos...». La Historia de España está llena de estas sorderas y la atención de los editores competentes tiene muchos nombres que resucitar y muchos desagrazos que cumplir. Ediciones Demófilo, con la publicación de esta **Colección de Cantes Flamencos**, libro fundacional que no se reeditaba, sin embargo, desde hace casi un siglo, inicia lo que debiera alcanzar a ser un movimiento de reivindicación de Antonio Machado y Alvarez.

Los méritos de esta **Colección...** son varios, y el tiempo los hizo indiscutibles. El volumen contiene cerca de noventa copias gitano-andaluzas (insisto en señalar que se trata de la primera compilación efectuada y editada en toda la historia de la flamencología) entre soleares de tres y cuatro versos, solearías, sigüiriyas, polos, cañas, peteneras, serranas y las diversas modalidades de la toná (liviana, martinete, debia y toná grande). Sin duda, en esa selección figuran la mayor parte de las más hermosas copias flamencas conocidas a finales del XIX. Lleva el volumen un solvente estudio preliminar, cerca de trescientas notas, una relación de ochenta cantautores conocidos o re-

cordados en la época—distribuidos por sus lugares de nacimiento y con indicación de los cantos que fueron especialistas— y unas páginas que constituyen la primera biografía de Silverio, el legendario cantaor general y «terrible següiriyero», sobre el que años más tarde García Lorca escribiría que «Su grito fue terrible./ Los viejos/dicen que se erizaban/los cabellos/y se abría el azogue/de los espejos». Las copias están reproducidas en su forma fonética (procedimiento que, casi sin excepciones, se ha venido siguiendo desde entonces), con lo que nos llegan más ceceantes y desasistidas: Ello da una mayor veracidad y un mayor dramatismo a la expresión de la jadeante antropología de esos seres social o racialmente excluidos, o incluso perseguidos, que nos van dejando una herencia de belleza y dolor, de emoción y miseria. Por cierto, que Machado y Alvarez no omite en su prólogo a este libro el señalar la decisiva presencia de los gitanos en la creación o elaboración de los cantes flamencos más desgarradores, más escalofriantes: la toná, la sigüiriya, lo que entendemos como el origen del flamenco más profundo, remoto y sobrecogedor. Esta paternidad, esta propiedad, enoja todavía a muchos aficionados y a algunos tratadistas. No voy a demorarme aquí en discutir esos afanes autoritarios, más o menos suavemente racistas. No faltará ocasión.

Lamento que las reseñas bibliográficas suelen sufrir la tiranía de un impudico espacio. La personalidad estudiosa, dilatada y emocionante de Machado y Alvarez merece un dilatado y emocionado estudio. Su **Colección de Cantes Flamencos**, por ser el origen de los trabajos sobre el arte gitano-andaluz y por serlo con tanto acierto y tanto amor, también merece un informe mejor que una noticia. Pero al menos no quiero de-

jar de señalar que fue Machado y Alvarez, y en este libro, el primero en citar el nombre de Tío Luis el de la Juliana, gitano del siglo XVIII cuyo oficio era el de acarrear agua hasta Jerez desde la fuente de los Albarizones, y, sin duda, el primer cantaor que se deslizará desde la prehistoria a la historia del canto. Tío Luis el de la Juliana, enigmático entre los siglos, la falta de pruebas y nuestro fervor porque en verdad existiera, es hoy un cuento de probabilidad y gratitud. Un viento de secreto y de años agita para siempre su nombre. Un nombre que fue escrito para la historia del flamenco, y por primera vez, con la caligrafía de Antonio Machado y Alvarez en 1881. ■ **FELIX GRANDE.**

**TEATRO**

**El grupo Rajatabla, en el TEI**

Conozco algunos espectáculos del grupo Rajatabla, que pude ver en Colombia y Venezuela. Podría escribir aquí bastante de la polémica y brillante personalidad de su director, Carlos Giménez, y de lo que significaron en el teatro caraqueño su «Venezuela tuya» y «Tu país está feliz». Sería interesante contar cómo y por qué Carlos Giménez, al concluir el último Festival de Caracas—del que es director— se vino a Madrid y consiguió reagrupar en España a parte de sus compañeros. Y, desde luego, si este «Magnus & Hijos, S. A.» se hubiera estrenado en Venezuela, Colombia, Puerto Rico o México, sería imprescindible señalar en qué aspectos

reafirma o modifica la trayectoria estilística de su director...

Pero, tratándose del primer estreno del grupo en España, con su cuadro de actores transformado, quizá sea mejor centrar nuestras consideraciones en este montaje y reducir la historia de Rajatabla a un solo dato fundamental: la evidencia de que por vez primera vemos en España en temporada regular a un grupo significativo—dentro de la diversidad de posiciones y tendencias—del actual teatro independiente latinoamericano. Con sus virtudes y sus limitaciones.

«Magnus & Hijos, Sociedad Anónima», es un texto tremendamente ambicioso. Formalmente pertenece a esa rama frondosísima—el juego como representación de la realidad—que nace de «Las criadas», de Genet, una de las piezas más resonantes de todo el teatro contemporáneo. Temáticamente intenta resumir en la familia de Magnus todo el mecenismo de la dependencia. Magnus es el padre, y también el jefe, el tirano, el empresario, el propietario y, en general, aquel que impone su ley como un teórico «mal necesario». Es el «orden». La figura, con ser universal, tiene en América Latina una connotación más que el enriquece: la «colonización», que incluiría, muy fundamentalmente, ese temor a la independencia, a valerse por sí mismo, del colonizado. Y ya se entiende que la colonización no es un problema de himnos ni de banderas, sino ese sentimiento último de dependencia que—para justificar la explotación económica—padece en ciertos individuos, clases o comunidades enteras. Magnus encarnaría, en definitiva, la moral de dominio, que tendría su correspondiente expresión en el campo económico, en el político, en el de las relaciones sexuales o en la familia. La muerte de Magnus con que acaba el drama sería la prime-